

# María, maestra de vida consagrada\*

---

Martín Gelabert Ballester\*\*

Recibido: 31 de octubre de 2015 • Aprobado: 8 de diciembre de 2015

---

## Resumen

Aprovechando el año de la vida consagrada proclamado por el Papa Francisco y el 50 aniversario de la proclamación del decreto sobre la vida religiosa del Concilio Vaticano II, este artículo se pregunta en qué medida María puede ser modelo para las personas consagradas y en qué medida no. El celibato es esencial a la vida religiosa. María no era célibe; pero puede ser modelo y maestra en algo esencial a toda vida consagrada: la escucha de la Palabra de Dios acogida por la fe. Y también puede ser modelo y maestra de la maternidad-paternidad-fraternidad que Cristo ensalza; así como del nuevo tipo de familia que Jesús vino a fundar.

**Palabras clave:** María, Vida Consagrada, fraternidad evangélica.

---

---

\* El artículo es resultado de la investigación del autor. DOI: <http://dx.doi.org/10.15332/s2011-9771.2016.0001.04>

\*\* Doctor en Teología. Docente Facultad de Teología de San Vicente Ferrer de Valencia, España. Correo electrónico: [mgelabert.ar@dominicos.org](mailto:mgelabert.ar@dominicos.org)

## Mary, teacher of consecrated life

---

### Abstract

Being the year of the consecrated life proclaimed by Pope Francis and the 50th anniversary of the proclamation of the decree on religious life by the Second Vatican Council, this article asks to what extent Mary can be a model for the consecrated and to what extent she can't. Celibacy is essential for religious life. Mary was not celibate; but she can be a model and a teacher in something so essential to all consecrated life: listening to the Word of God received by faith. And also she can be a model and teacher of the motherhood-fatherhood-fraternity the Christ exalts; as well as of the new type of family Jesus came to found.

**Keywords:** Mary, Consecrated Life, evangelical fraternity

---

## Marie, maîtresse de vie consacrée

---

### Résumé

Profitant de l'année de la vie consacrée proclamée par le Pape François et le 50ème anniversaire de la proclamation de décret sur la vie religieuse du Concile Vatican II, cet article s'interroge dans quelle mesure Marie peut être un modèle pour les personnes consacrées et dans quelle mesure elle ne peut pas l'être. Le célibat est essentiel à la vie religieuse. Marie n'était pas célibataire; mais elle peut être un modèle et une maîtresse dans un aspect essentiel à toute vie consacrée: l'écoute de la Parole de Dieu accueillie par la foi. Elle peut également être modèle et maîtresse de la maternité-paternité-fraternité que le Christ lie; ainsi que du nouveau type de famille que Jésus est venu fonder.

**Mots-clés:** Marie, Vie Consacrée, fraternité évangélique

---

## 1. El año de la vida consagrada

Parece que debemos agradecer al Papa esta iniciativa, no solo porque es bueno que la Iglesia cobre mayor conciencia de la importancia que en ella tiene la vida consagrada, sino porque también las y los consagrados tenemos la oportunidad de reflexionar sobre nuestra identidad. No porque no la conozcamos, sino precisamente porque la conocemos. En esta línea el apóstol Juan escribía: “os he escrito, no porque desconozcáis la verdad, sino porque la conocéis” (1Jn 2, 21). Hay realidades bien sabidas, pero nos hace bien volver sobre ellas, recordarlas, tenerlas permanentemente presentes en la memoria, porque estas realidades nos hacen vivir.

¿Cómo vamos a celebrar las y los religiosos este año dedicado a la Vida Consagrada, con qué actitudes, con qué disposiciones? Parece que no sería bueno que adoptáramos una actitud autorreferencial: mirarnos y hablar de nosotros y, de paso, otorgar la culpa a los demás de nuestros fallos y deficiencias. Tampoco sería bueno que las dificultades del momento presente nos llevaran por caminos de desesperanza o inseguridad. Una tercera actitud que podríamos estar tentados de adoptar y que tampoco es conveniente es la nostalgia o el lamento por un pasado que se fue y que nunca volverá.

Si miramos a la Virgen María, a la que prácticamente todas nuestras Congregaciones tienen como madre, protectora, intercesora, compañera o punto de referencia; encontraremos una serie de actitudes que nos ayudarán a celebrar bien este año de la vida consagrada. Ella, tras recibir un saludo de parte de Dios, quien la invita a la alegría, “alégrate, llena de gracia” (Lc 1, 28), entona un cántico de acción de gracias que comienza afirmando que, efectivamente, “se alegra su espíritu en Dios, su Salvador”. ¿Cuál es el motivo de esta alegría? “Porque ha mirado la humillación de su esclava, porque el poderoso ha hecho obras grandes por mí, porque su nombre es santo y porque su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”.

Mirando a María estamos invitados a la alegría por lo mucho y bueno que el Señor ha hecho, a través de nuestras Congregaciones, así como por lo mucho y bueno que ha hecho en cada una y cada uno de nosotros gracias a la institución religiosa a la que nos ha llamado. La alegría sería, pues, la primera actitud que deberíamos adoptar para celebrar bien este año de la Vida Consagrada. Esta alegría debería ir acompañada del agradecimiento por la llamada del Señor a este estado de vida y por “las obras grandes” que el Poderoso ha hecho por medio de “la humildad de sus siervos”. La alegría y el agradecimiento deben abrirnos

a la esperanza, pues sabemos que Dios no abandona sus obras, sino que, como dice María, extiende su misericordia de generación en generación. Tenemos un futuro por delante, hay muchas cosas que podemos y debemos hacer, si sabemos leer los signos de los tiempos, como María: los poderosos en sus tronos, los ricos, los pobres, los hambrientos, los humildes. La esperanza es realista, se apoya en nuestras posibilidades; por eso, para mantener viva la esperanza, tenemos que analizar nuestras fuerzas y organizarnos con eficacia.

Finalmente, María nos invita a vivir el presente con pasión y con ilusión. Tras recibir el anuncio del ángel que la invita a la alegría, María se mueve con prontitud (Lc 1, 39) para transmitir la alegría incontenible que lleva en su regazo: Jesús, el Señor. “La esclava del Señor” (Lc 1, 38) corre a hacerse esclava de los hombres, donde el amor de Dios se demuestra y se comprueba en el amor a cada hermano y a cada hermana. Con María, cada uno de nosotros, empujado por el viento del Espíritu, debe vivir hoy su propia vocación con pasión, con esperanza, con ilusión, con fe ardiente y generosa, amando a los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue a hasta los confines de la tierra y nadie quede privado de la luz del Evangelio (Alegraos, 2014).

## **2. María: maestra “cuya vida es enseñanza de todos”**

Durante el 2015, dedicado a la vida consagrada, celebramos también el 50 aniversario de la promulgación del decreto del concilio Vaticano II sobre la renovación de la vida religiosa. El Concilio reconoció que la vida religiosa “trae su origen de la doctrina y ejemplos del divino Maestro y aparece como signo clarísimo del reino de los cielos”. Por eso –sigue diciendo el Concilio– “ya desde los comienzos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que, por la práctica de los consejos evangélicos, se propusieron seguir a Cristo con más libertad e imitarlo más de cerca, y, cada uno a su manera, llevaron una vida consagrada a Dios. Muchos de ellos, por inspiración del Espíritu Santo, vivieron vida solitaria o fundaron familias religiosas que la Iglesia recibió y aprobó de buen grado con su autoridad” (PC, 1).

El Concilio, además de reconocer la importancia de la vida religiosa, impulsó una renovación de la misma, invitando, por una parte, a reavivar “el espíritu y propósito propios” que impulsaron a fundadores y fundadoras; y, por otra parte el Concilio urgía a “una adaptación a las cambiadas condiciones de los tiempos” (PC, 2). Porque la fidelidad no consiste en una vuelta al pasado, sino en vivir el mismo espíritu, que movió a fundadoras y fundadores, en circunstancias

distintas a las que a ellos les tocó vivir, las circunstancias de hoy, con las necesidades de hoy y las posibilidades de hoy.

Para quién conozca la importancia que la figura de María tiene en la vida de nuestros fundadores y fundadoras, y el papel de intercesora y protectora que todas nuestras Congregaciones le atribuyen, puede parecer sorprendente que el decreto conciliar solo nombre una vez a María, de forma muy breve, casi se diría que por compromiso, y al final del decreto. Pero, bien pensado, lo que el decreto dice de María tiene un largo alcance y merece prolongarse. El texto del Concilio termina invocando la intercesión “de la dulcísima Madre de Dios, la Virgen María”, y añade una cita de San Ambrosio que dice que la vida de María “es enseñanza de todos”. También es sorprendente esta cita, porque entre los muchos títulos que la piedad cristiana ha dado a María, el de maestra no es de los más frecuentes. Más aún, algunos autores, como Santo Tomás, piensan que el título de maestra no es conveniente para María (De Aquino, 1964). Ahora bien, si como dice el Concilio, la vida de María es enseñanza, ella tiene que ser necesariamente maestra.

Sin duda, su magisterio comenzó en la educación de su hijo, como hacen todas las madres de la tierra: ellas son las primeras que enseñan a sus hijos y esta enseñanza marca para siempre nuestras vidas. Pero más que María como educadora del niño Jesús<sup>1</sup>, aquí nos interesa el papel de María como educadora de la Iglesia y, más en concreto, como maestra de vida consagrada. En la *Lumen Gentium* (LG n. 63) se dice que María “coopera en la educación de los fieles” cristianos.

En María el “ser maestra” no puede separarse de su “ser discípula”. En efecto, todo maestro ha tenido antes que formarse. Los formadores son formados. Por eso, María antes de enseñar tiene que aprender. La escena de las bodas de Cana resulta significativa a este respecto. El relator comienza diciendo que antes de que llegara Jesús con sus discípulos, su madre “ya estaba allí” (Jn 2, 1). O sea, la madre de Jesús ha llegado por su propia cuenta, por un camino distinto al de su Hijo. Ella no forma parte todavía del grupo de los discípulos. En el transcurso de la boda, María hace una petición a Jesús. Exégetas y teólogos actuales piensan que María pide a Jesús un signo que pruebe la autenticidad de su misión: “¿qué señal haces tú para que viéndola creamos en ti?” (Jn 6, 30)

---

1 Aunque en buena teología tomista el papel educador de María sobre el Hijo de Dios resulta extraño (*Suma de Teología*, III, 35,5) hay que decir que forma parte del misterio de la Encarnación, o, mejor, del status de la encarnación.

le preguntan con frecuencia los judíos a Jesús. Porque los judíos piden signos para creer (1Co 1, 22).

María, como buena judía, piensa que ahora se presenta una buena oportunidad para que Jesús realice un signo mesiánico, uno similar al que se realizó durante el éxodo: en el desierto faltaba pan, en Caná falta vino. Pero Jesús quiere orientar a María en otra dirección, en la dirección de la fe cristiana que cree en un Cristo crucificado, escándalo para los judíos (1Cor 1, 23). Por eso, Jesús, ante la petición de su madre, él responde y señala: “su hora”, o sea, la hora de la cruz (Jn 2, 4). Jesús quiere que María dé el paso de una fe judía, que necesita signos para creer, a una fe cristiana, que se fía incondicionalmente de Jesús, con signos o sin ellos. El hijo enseña a la madre a alejarse de una fe demasiado dependiente de los milagros para que pueda entrar en el terreno de la fe que no necesita de ningún milagro (Jn 20, 29).

La prueba de que María ha dado ese paso, está en que, sin ver ningún signo, se dirige a los sirvientes para invitarles a vivir una fe en Jesús como la que ella ya ha aprendido: “haced lo que él os diga” (Jn 2, 5). Una vez que ha aprendido, se convierte en maestra. Por eso, la escena termina diciendo que María se marcha de Caná junto con Jesús y los discípulos (Jn 2, 12). Ella ya forma parte del grupo de los discípulos, ya puede enseñar a otros lo aprendido. Es una buena maestra porque orienta hacia lo esencial: “haced lo que Jesús os diga”, creed en él sin condiciones (Gelabert, 2007, pp. 18-23).

María, además, es una buena maestra porque no enseña “desde fuera”, sin implicarse en su enseñanza. En la comparación que la gente hace del modo de enseñar de Jesús y del modo de enseñar de los escribas (“éste habla con autoridad y no como los escribas”) hay una crítica explícita al modo de enseñar de los escribas. Ellos enseñaban buena doctrina, pero no vivían lo que enseñaban. Por eso Jesús advierte: *haced lo que os dicen, pero no lo que ellos hacen*. Los escribas imponían pesadas cargas a la gente que ellos eran incapaces de llevar. Por el contrario, lo que Jesús enseñaba estaba avalado por su vida. Así es también la enseñanza que ella da indica que en su vida se realiza aquello a lo que invita. Si enseña a cumplir la voluntad de Jesús es porque ella es la primera discípula y la primera convertida.

### 3. María, maestra en el arte de la reciprocidad entre palabra de dios y fe

La principal enseñanza de María es la fe que conduce a la santidad, a identificarnos con Cristo y a unimos con Dios. Como bien dice Juan Pablo II (RM, 13) en María la fe encuentra una realización perfecta. Desde ésta puede ser una perfecta maestra. Se comprende así que el Concilio Vaticano II diga que ella es modelo, “tipo de la Iglesia en el orden de la fe y de la unión perfecta con Cristo” (LG, 63. 53). Este magisterio de María que –se vuelve a citar al Vaticano II–, “refleja las supremas verdades de la fe” (LG, 65), se ejerce sobre todo el pueblo de Dios y, por tanto, también sobre la vida consagrada. Pues estas personas desean asumir la voluntad paterna como alimento cotidiano (Jn 4, 34) (VC, 91), y para ello es necesario que estén a la escucha de la Palabra de Dios que, como dice Juan Pablo II es la primera fuente de su espiritualidad (VC, 94).

Ahí resplandece el magisterio de María. De hecho, la primera bienaventuranza que aparece en los evangelios es la de la fe, realizada explícitamente en María, como modelo de todo cristiano: “Feliz la que ha creído” (Lc 1, 45). Ella es la que, sin comprender (Lc 2, 50), acoge y guarda la Palabra (Lc 2, 19.51). Benedicto XVI ha dejado escrito que si queremos:

“Renovar la fe de la Iglesia en la Palabra de Dios es necesario mirar allí donde la reciprocidad entre Palabra de Dios y fe se ha cumplido plenamente; o sea, en María Virgen, quien con su ‘sí’ a la Palabra de la Alianza y a su misión, cumple perfectamente la vocación divina de la humanidad. [...] Ella, desde la Anunciación hasta Pentecostés, se nos presenta como mujer enteramente disponible a la voluntad de Dios. Su fe obediente plasma cada instante de su existencia según la iniciativa de Dios. Virgen a la escucha, vive en plena sintonía con la Palabra divina. [...] Ella es la figura de la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios, es también símbolo de la apertura a Dios y a los demás; escucha activa, que interioriza, asimila, y en la que la Palabra se convierte en forma de vida” (VD, 27).

Una muestra de la familiaridad de María con la Palabra de Dios la encontramos en este retrato de su alma que es el *Magnificat*. Pues este cántico, como muy bien dice Benedicto XVI:

“está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios” (VD, 28 y DCE, 41).

Todo esto tiene que ver con la Madre de Dios, pero también con nosotros, llamados a entrar en el misterio de la fe, con la que Cristo viene a habitar en nuestra vida. San Ambrosio decía que todo cristiano, por la fe, concibe y engendra al Verbo de Dios en sí mismo. Por tanto, si en cuanto a la carne solo existe una madre de Cristo, en cuanto a la fe Cristo es el fruto de todos. Así, todo lo que le sucedió a María puede sucedernos ahora a nosotros en la escucha de la Palabra y en la celebración de los sacramentos (VD, 28). María es paradigma y modelo de nuestra fe y de nuestra acogida de la Palabra de Dios.

En el contexto de esta relación de María con la Palabra de Dios, el Papa Benedicto XVI hizo una recomendación interesante, dirigida expresamente a las comunidades de personas consagradas, sobre el rezo del santo Rosario, puesto que esta oración recorre, junto a María, los misterios de Cristo (VD, 88). Podríamos decir que el rosario es la escuela de María. En esa escuela aprendemos los misterios de Cristo que es la Palabra de Dios. Y al acoger sus misterios, acogemos a Cristo en nuestra vida.

Las personas consagradas son, ante todo personas de fe, personas que han oído una llamada y responden poniendo su vida en manos de Dios. Y su Palabra debe ser el alimento diario de todos los consagrados. De ahí la importancia de la *lectio divina* en las comunidades de consagradas y consagrados y la meditación comunitaria de la Biblia, tal como recuerda Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Vita Consecrata* (VC 94). En este sentido, María es una maestra de la vida consagrada.

Pero no podemos quedarnos ahí, porque las personas consagradas se unen con Cristo y buscan la santidad y viven con un cierto estilo que tiene dos componentes esenciales –sin ellos no puede hablarse de vida consagrada–: la



comunidad y la castidad en el celibato<sup>2</sup>. ¿Podemos considerar que, en estos aspectos peculiares y constitutivos de la vida consagrada María es un buen modelo y una buena maestra? ¿Acaso ella era célibe y vivía en comunidad con Jesús, como los discípulos?

#### **4. María, maestra de un nuevo tipo de maternidad-paternidad-fraternidad**

Parece muy significativo que el Concilio Vaticano II, cuando habla del estilo de vida virgen de religiosos y religiosas, no utilice la expresión perfecta castidad, sino perfecta continencia (PC, 12). Por otra parte, la exhortación *Vita Consecrata* de Juan Pablo II utiliza el término celibato para indicar el modo en el que los consagrados y consagradas viven el voto de castidad. Este documento distingue perfectamente la castidad a la que está llamado todo cristiano, del modo peculiar de vivirla que es el celibato (VC, 30), hasta el punto de que cuando enumera los tres votos que abrazan las personas consagradas se refiere a ellos como “celibato, pobreza y obediencia” (VC, 31). Las personas consagradas viven la castidad en el celibato. ¿Dónde está el interés de esta terminología y de estos matices? En que todos los cristianos están llamados a vivir la pobreza, la castidad y la obediencia (CEC, 2348-2350). Pero en la vida consagrada se hace voto de vivir lo propio de todo cristiano con un estilo significativo y llamativo. Así se comprende que el Vaticano II diga que los consejos evangélicos son un signo que puede y debe atraer a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana (LG, 44). Con su modo peculiar y llamativo de vivir la pobreza, la castidad y la obediencia, los consagrados son un recordatorio de algo que es propio de todo cristiano.

Todos los cristianos están llamados a la castidad, pero no todos los cristianos son célibes. Apelativo que solo aplica a aquel que no está casado. El matrimonio hay que vivirlo en la castidad, porque castidad no es ausencia de sexualidad, sino vivir la sexualidad en el amor, de forma liberadora para uno mismo y para los demás. Castidad, dice el *Catecismo* es la integración lograda de la sexualidad en

---

2 Entre los tres consejos evangélicos (pobreza, castidad y obediencia), la castidad por el reino de los cielos sería, si no el más importante, al menos el más significativo de la vida consagrada: “el primero y esencial de los consejos evangélicos es el vínculo sagrado de la castidad por el reino de los cielos” (JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 14)

la persona (CEC, 2337), es una virtud que tiende a impregnar de racionalidad las pasiones y los apetitos de la sensibilidad humana (CEC, 2341). Tanto el casado como el soltero, si son cristianos, deben ser castos. Pero mientras el casado vive la castidad en el matrimonio, las otras personas viven la castidad en la continencia, o sea, en la ausencia de relaciones genitales (o del orgasmo provocado voluntariamente). Esto vale para los consagrados, los novios, los viudos o las otras personas solteras (CEC, 234-2350).

El celibato forma parte esencial de la vida consagrada. Si célibe, como hemos dicho, es el que no está casado, entonces María puede ser modelo de virginidad, modelo de vivir la castidad, modelo de consagración a Dios, pero no modelo de vida célibe, porque ella estaba casada. Más aún, la virginidad de María tiene un sentido distinto de la virginidad que abrazan las personas consagradas. En el caso de María la virginidad está en referencia directa con el misterio de la Encarnación; es el correlato humano de la afirmación de fe de que el niño que llevan las entrañas de María solo tiene por Padre a Dios.

Pero María sí puede ser maestra, modelo y referente de un nuevo tipo de paternidad, maternidad y fraternidad propia de la vida consagrada, que es la paternidad, maternidad y fraternidad que ensalza Jesús. Pues el celibato de las consagradas y los consagrados no tiene sentido por sí mismo, sino como expresión de su consagración a Dios y de su entrega a los hermanos. La persona consagrada no ama menos. Ama más, mira al otro con limpieza, ayuda a que la vida crezca, se acerca precisamente a los más necesitados de amor. El celibato es un modo de vivir la buena manera evangélica de ser padres, madres, hermanas y hermanos.

Las comunidades religiosas, por su modo fraterno y célibe de vivir, significan la fraternidad que Jesús quiso instaurar y anticipan de este modo el mundo definitivo que Dios prepara para todos los que le aman. En efecto, el matrimonio es un asunto de este mundo. No es una realidad definitiva. Lo definitivo no lo simboliza el matrimonio, pues “en la resurrección no se tomará marido ni mujer” (Mt 22,30). ¿Quién simboliza y anticipa lo definitivo? Aquellos y aquellas que hacen de su vida un símbolo de que Cristo es el único esposo de la Iglesia.

De ahí el interés de Jesús en la creación de un nuevo tipo de relaciones, que anticipan ya en este mundo el Reino futuro. Estas relaciones están basadas en el amor fraterno y en la fe en Dios. Esto nos lleva a afirmar que hay muchos modos de ser familia y de ejercer la paternidad y/o la maternidad. La maternidad y/o la paternidad pueden darse fuera de la generación biológica. No solo en el caso de la adopción. Es posible ser padre o madre solteros sin necesidad de adoptar a

nadie en concreto. A veces a las religiosas y a los religiosos se les llama madre o padre. Se trata de una maternidad y paternidad espiritual.

Hay modos de dar vida y de ser fecundos más allá del maravilloso y siempre nuevo misterio de cada nacimiento biológico. En la entrega a los demás, en el cuidado del necesitado, del anciano, del enfermo, del niño abandonado, hay también un modo de ejercer la paternidad-maternidad que, para el cristiano, es imagen y reflejo del cuidado amoroso que Dios tiene sobre cada una de sus hijas e hijos. La mejor imitación de esta paternidad-maternidad divina no es la biológica, sino precisamente la que no nace de la carne ni de la sangre. Madre y padre son palabras suficientemente amplias, profundas, como para que no queden restringidas a lo inmediatamente biológico.

El modelo más acabado de la maternidad-paternidad es precisamente el Padre del cielo que da vida por su Palabra; más aún, que nos da su propia vida por medio de su Espíritu. Siguiendo este modelo de dar vida por la palabra y el espíritu, hay mujeres y varones que han renunciado voluntariamente a la paternidad-maternidad biológica para engendrar una vida más íntima, más espiritual, más fecunda, más duradera, más auténtica, más libre. Y para poder ser madres y padres sin limitación alguna.

La maternidad y la paternidad van más allá de lo biológico. Hay padres, madres, hijas e hijos “naturales”, “biológicos”, que no se quieren. La filiación y la paternidad brotan más del amor que de los genes. Mientras no acoges al hijo de tus genes, mientras no le amas de corazón, no puedes considerar que has cumplido con la maternidad y la paternidad. La verdadera maternidad-paternidad va más allá de lo biológico. Es fruto del amor. ¿No es esta la idea que subyace en esta palabra de Jesús: mi madre y mis hermanos son los que cumplen la voluntad de Dios (Mc 3, 33-35; Lc 8, 21)? La maternidad que Jesús ensalza en María no es la biológica.

María es madre de Jesús no tanto por haberle llevado en sus entrañas cuanto por haberle amado, haber creído en él y haber acogido su Palabra. Lo primero, las entrañas, sin lo segundo, sin la acogida de la Palabra, no sirve de nada. Por eso decía San Agustín: “La Virgen María fue más dichosa concibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo.[...] No hubiera aprovechado nada el parentesco material a María, sino hubiera sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su carne”<sup>3</sup>. Mirando a María podemos ampliar nuestros habituales conceptos de paternidad, maternidad y fraternidad, reducidos a lo carnal

---

3 Sobre la virginidad, III, 3

y fisiológico, y acoger la fraternidad, paternidad y maternidad que Jesús quiso instaurar.

## 5. María, maestra de un nuevo tipo de familia

Lo que nos hace hermanos de Jesús no es un dato biológico, sino espiritual. Igualmente, en nuestras relaciones humanas, lo que nos hace hermanos, hijos, madres o padres, no es exactamente lo biológico, lo cual también puede darse, sino el amor. En Cristo lo que cuenta no es la carne ni la sangre. Los consagrados no hemos renunciado a la familia. Buscamos crear un nuevo tipo de familia lo más parecida posible a la que Jesús quiso crear; familia que anticipa, ya ahora, lo que será la familia definitiva de Dios. Esta familia evangélica no anula la familia tradicional, sino que la exige, dada la condición de este mundo.

El modo de vida célibe es la base que permite crear y vivir el nuevo tipo de familia que Jesús vino a fundar. También ahí María es una buena referencia. Dos indicaciones, una de Benedicto XVI y otra de Juan Pablo II, resultan apropiadas a este respecto. Por una parte, Benedicto XVI relaciona a María con la nueva familia que Jesús ha venido a instituir, familia fundamentada en la fe<sup>4</sup>. María debe dejar de lado una relación con Jesús basada en la carne y en la sangre, para relacionarse con él mediante la fe. Por eso, Benedicto XVI afirma: “la hora de la Madre llegará en el momento de la cruz”<sup>5</sup>. El Papa fundamenta esta afirmación en Jn 19, 25-27, sin más explicaciones. Pero la cita evangélica es de suma importancia. Junto a la cruz se encuentran algunas mujeres, María entre ellas, y el discípulo amado. Jesús se dirige a la madre y al discípulo, respectivamente, con estas palabras: “mujer, ahí tienes a tu hijo”, “ahí tienes a tu madre”. Y añade el evangelista: “Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (Jn 19, 27).

No sería una buena (o al menos una suficiente) lectura del texto entender que desde aquel momento el discípulo se hizo cargo de María y se la llevo a su casa. Para entender bien el texto hay que notar que junto a la cruz hay varias mujeres, señaladas con su propio nombre (María de Cleofás, María Magdalena), junto a “la madre” y “el discípulo” de los que no se dicen sus nombres propios, dejando así abierta la posibilidad de una interpretación simbólica. Pero es sobre todo la palabra “mujer” la que mejor perfila un simbolismo eclesial. Al pie de la cruz, la

---

4 *Spe Salvi*, 50

5 *Deus caritas est*, 41

mujer y la madre simbolizan el nuevo pueblo de Dios engendrado desde la cruz por el sacrificio de Jesús. Ella es símbolo de la Iglesia. El discípulo es la figura de todos los que, a lo largo del tiempo, creerán en Jesús. De modo que, al discípulo Cristo le confía la Iglesia. Jesús entrega a sus discípulos la Iglesia como madre y los discípulos acogen a la madre Iglesia como algo que les pertenece y que compeñía todos los bienes que Cristo les otorga. Al recibir a la Iglesia, Juan hereda la comunión con Dios y la con los hermanos. Jesús, al pie de la cruz, instaura la fraternidad y al discípulo le entrega la Iglesia como madre, para que le ayude a mantener la fidelidad, la acompañe y la conforte durante toda su vida<sup>6</sup>. De la cruz brota la nueva familia de Jesús, que está fundamentada en la fraternidad.

Y ahora viene la otra indicación de Juan Pablo II. Pues según este Papa, la naturaleza profunda de la Iglesia, que es la comunión; la expresa y realiza la forma de vida consagrada, puesto que se corresponde a “la forma de vida practicada personalmente por Jesús y propuesta por Él a los discípulos”<sup>7</sup>. La vida consagrada se sitúa así a nivel de símbolo: es expresión plástica y visible de un modo de vida. El modo de vida no es por sí mismo baremo o termómetro de santidad. O sea, no se trata de que los religiosos sean más santos, más buenos o más eficaces que los presbíteros o los laicos. Se trata aquí de un planteamiento objetivo y, en este terreno, se sitúa lo que dice Juan Pablo II: “Se debe reconocer una excelencia objetiva a la vida consagrada, que refleja el mismo modo de vivir de Cristo”<sup>8</sup>. Subjetivamente es posible que las cosas funcionen de otro modo. Y en el terreno subjetivo cada uno es responsable de su vida ante Dios y ante los hombres.

La vida consagrada (vuelvo a citar al Papa) es “una realización más completa del fin de la Iglesia” (VC, 32), que no es otra cosa que la comunión anticipada del reino de los cielos. La presencia de comunidades de consagrados en la Iglesia es, por tanto, absolutamente necesaria en cuanto tal, puesto que ellos viven unas relaciones en las que debería verse realizada la familia que Jesús vino a fundar y que anticipa en este mundo el tipo de relaciones propia del reino de los cielos, unas relaciones fundamentadas no en la carne o la sangre, sino en la unión con Cristo y con los hermanos, sin ningún tipo de limitación ni de discriminación.

La Iglesia como tal es una comunión. Pero son las comunidades de consagradas y consagrados las que mejor realizan concretamente lo que es la Iglesia: un

---

6 Cf. JOSÉ MANUEL ALCÁCER ORTS, *Saliendo al paso del Señor*, Edibesa, 1997, 155-157.

7 JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, n. 31

8 *Vita consecrata*, 32.

espacio donde se vive la fraternidad en la amistad, porque todos nos sabemos y sentimos hijos. Nuestras comunidades se convierten así en un reflejo del misterio Trinitario, de esta comunión de Amor que es el Dios revelado en Jesucristo.

## 6. Una iglesia mariana

Estos dos datos: la comunión define a la Iglesia y las comunidades religiosas son un signo y una realización de la comunión que es la Iglesia, nos invitan de nuevo a mirar a María, pues precisamente ella es la maestra que nos enseña y nos recuerda lo fundamental; que es la santidad, o sea, responder al amor que Cristo nos tiene. Todo lo demás, en la Iglesia, está ordenado a la santidad, a la unión con Cristo. Y en la jerarquía de la santidad, María es figura de la Iglesia. Así se comprende esta comparación, para algunos quizás sorprendente, que Juan Pablo II hizo entre la figura de María y la figura de Pedro: “La Iglesia es a la vez *mariana* y *apostólico-petrina*” (MD, 27). No es posible prescindir de ninguno de estos dos aspectos en la Iglesia. Aún así, la primacía la tiene el aspecto “mariano”. Por eso añade el Papa: “Este perfil *mariano* es igualmente –si no lo es mucho más– fundamental y característico de la Iglesia, que el perfil *apostólico* y *petrino*, al que está profundamente unido. La dimensión mariana antecede a la petrina” (MD, 27)<sup>9</sup>.

Dicho de otra manera: los ministerios en la Iglesia, por muy importantes que sean, están al servicio de la comunión y de la santidad de la Iglesia. La organización está al servicio de la vida, y no al revés. Esta dimensión “mariana” de la Iglesia nos invita a pensar, sentir y organizar la Iglesia desde el único carisma que es incondicional: el amor. “Únicamente es habitable una ‘casa de Dios’ en la que sea el amor la razón y el criterio de toda organización” (Vidal, 2004).

En este sentido, la vida consagrada no es jerárquica, sino totalmente mariana. La santidad tiene primacía sobre el ministerio, como María está antes que Pedro. Podríamos relacionar con esta primacía “mariana” lo que dice *Vita Consecrata* (VC 29) sobre la constitución de la Iglesia: “El concepto de una Iglesia formada únicamente por ministros sagrados y laicos no corresponde a las intenciones de su divino Fundador tal y como resulta de los evangelio y de los demás escritos neotestamentarios”. Efectivamente, sin la vida consagrada faltaría algo esencial a la Iglesia, faltaría ese lugar en el que explícitamente pudiera verse realizada la dimensión mariana de la Iglesia. Pues la Iglesia es una comunión. Y es importante

---

9 *Mulieris dignitatem*, 27 (sobre todo nota 55).

que, en ella, puedan verse realizaciones concretas (aunque sean imperfectas) de la comunión.

La vida consagrada, en la que personas distintas, se unen en nombre de Cristo, formando “un solo cuerpo” unido, no por la carne y la sangre, sino por la fe y el amor, es un modo de realizar hoy la nueva familia que Jesús vino a fundar, familia que anticipa la fraternidad perfecta del Reino de los cielos. Este modo familiar de vivir que es la vida consagrada encuentra su primer modelo en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Pero no solo ni primeramente en los capítulos dos y cuatro en los que se sintetiza la vida de las primeras comunidades cristianas<sup>10</sup>, sino antes y principalmente en el capítulo uno, donde los discípulos y las discípulas hacen vida común esperando la llegada del Espíritu. Con ellos y ellas está también esta discípula llamada María, la madre de Jesús (Hech 1, 12-14).

---

10 Hech 4,32: la multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era común entre ellos; y también Hech 2,42-45: acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones

## Referencias

- Alcácer, J. M. (1997). *Saliendo al paso del Señor*. Madrid: Edibesa.
- Benedicto XVI, (2006). *Deus caritas est*. Roma: Vaticano.
- Benedicto XVI, (2007). *Spe Salvi*. Roma: Vaticano.
- Benedicto XVI, (2008). *Verbum Domini*. Roma: Vaticano.
- Catecismo de la Iglesia Católica* (CEC) (2000). Madrid: San Pablo.
- Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de vida apostólica, Alegaos*, Carta a los consagrados del 2 de febrero de 2014.
- Concilio Vaticano II*, (1965). Roma: Vaticano.
- De Aquino, T. (1954). *Suma de Teología*. III. Madrid: BAC.
- Gelabert, M. (2007). *Creer solo en Dios*. Madrid: San Pablo .
- Juan Pablo II, (1988). *Mulieris dignitatem*. Roma: Vaticano.
- Juan Pablo II, (1987). *Redemptoris Mater*. Roma: Vaticano.
- Juan Pablo II, (1996). *Vita Consecrata*. Roma. Vaticano.
- Pío XII, (1964). *Sobre la virginidad*. Roma: Vaticano.
- Vidal, M. (2004). “El mensaje de Jesús sobre el amor. Entre la tradición y la innovación”, en: *El seguimiento de Jesús*. Madrid: Fundación Santa María.